

hizo al Cuerpo Legislativo sobre este suceso, y se registra traducido al castellano literalmente en la Gazeta de Bayona de 14 de Marzo de 1806, con referencia á su original frances en el Monitor del 2 del mismo mes y año. Allí pues entre otras cosas se dice así: *Las tempestades nos han hecho perder algunos navíos en seguida de un combate dado sin prudencia. No puedo alabar bastante- mente la grandosza de alma y el apego que en aquellas circunstancias ha mostrado el Rey de España por la causa comun.* Cotéjese este discurso con el referido oficio del Sr. Escaño, y se verá que animados ambos de un mismo espíritu de justicia, prueban la proposición del Orador, aunque el estilo político con que se expresan sea tan diverso, como lo es la dignidad y situación de sus autores.

(40) El Almirante Nelson al emprender el ataque repitió por tres veces la señal de batirse á toca-penoles, para que una extrema efusión de sangre decidiese á su favor la victoria. Así lo averiguó el Sr. Escaño, y lo comunicó á la Corte en 1 de Noviembre; por lo qual no solamente fueron indispensables los abordages que aquí se citan, sino necesaria tambien una mortandad excesiva, que horroriza á la humanidad.

(41) Esta expresion, á saber: *Todo se ha perdido, ménos el honor*, que casi á la letra resulta del ya citado oficio del Sr. Escaño, que la profirió en ocasion semejante Federico II, y que antes de él la habia usado al mismo intento Francisco I escribiendo á su madre el triste resultado de la batalla de Pavia, se halla confirmada por la relacion que hizo de este combate la Gazeta extraordinaria de Gibraltar, en la qual se dispensa á los Españoles todo el honor de que fué digno su valor.

(42) El especial afecto que debió el Sr. Gravina á S. M. I. y R. el gran Napoleon I no es solamente una verdad que testifican los Franceses, sino que la publican los ricos dones y magníficas alhajas con que lo honró la generosa amistad de este célebre Emperador.

(43) Pudieran alegarse muchos documentos justificativos del amor y buen concepto á que se hizo acreedor el Almirante Gravina entre los Franceses nuestros fieles amigos, y entre los Ingleses nuestros implacables contrarios; pero basten por todos los testimonios expresivos que han dado de ella durante su enfermedad y en su muerte. Aquellos tratando de su herida en el Diario del Imperio de 19 de Enero de 806 dicen que “no se determinó la amputacion de su brazo, aquel brazo de que supo usar tan bien para honor de nuestro pabellon, y exemplo de nuestra Marina.” Estos en la Crónica de Gibraltar del 15 de Marzo del presente año, sabida su muerte, dicen lo que copiamos: “Nos lamentamos al oír que el bizarro Almirante Gravina ha muerto: “sus amigos se habian lisonjeado mucho tiempo con las esperanzas de su restablecimiento; pero desgraciadamente se frustraron. “En él pierde la España el Oficial mas experimentado de su Armada, y uno, baxo cuyo mando sus esquadras, aunque á veces batidas, siempre combatian de tal modo que merecian los elogios de sus vencedores.” Podrá decirse que esta es una locucion política, pero ni estaban obligados á manifestarse tan recomendadores de Gravina por este orden, ni podemos dudar que tratándose de nuestros buenos Marinos, siempre han hecho justicia al mérito.

(44) Ademas de las expresiones con que el Sr. Generalísimo Príncipe de la Paz manifestó al Sr. Escaño, con fecha de 27 de Octubre, cuánto deseaba el Rey tener noticias de su alivio, como del de D. Federico Gravina, es evidente que no se interrumpió durante su larga enfermedad este cuidado, que correspondia al amor recíproco que mediaba entre sus Magestades y tan digno General. Puede asegurarse sin lisonja que fué uno de los Gefes mas estimados de la Corte y de toda la Nacion.

(45) Apénas se hizo saber al Excmo. Sr. Gravina que el Rey, premiando sus servicios, lo promovia á Capitan General, pre-

guntó por la clase de premio que se dispensaba á los Oficiales subalternos, tropa y marinería de su esquadra en aquella accion; y como se le instruyese de ello al tenor del Real Decreto que se lee en la Gazeta de 12 de Noviembre de 1805, contestó con una muy tierna y expresiva ingenuidad: "Mas me alegro del ascenso de los demas, y de la caridad que hace el Rey á favor de las viudas y los marineros, que del honor que me dispensa S. M." Esta respuesta, en la qual no tuvo lugar ciertamente el disimulo ú artificio, era muy propia así de su compasivo y generoso corazon; como del humilde concepto que tenia de sí mismo, y de las lágrimas con que lloró las desgracias de aquel sangrientísimo combate, en que el enemigo lo postró en el lecho de su dolor.

(46) El Excmo. Sr. D. Pedro Gravina, Arzobispo de Nicea, y Nuncio de S. S. en estos Reynos, hermano del difunto General, que se hallaba á la sazón en esta ciudad, usando de sus facultades apostólicas, permitió se erigiese un altar junto á la cama del enfermo para celebrar el santo sacrificio de la Misa, y administrarle en él la sagrada Comunión, algun tiempo despues de haber recibido públicamente el sagrado Viático.

(47) Nació el Excmo. Sr. D. Federico Gravina en 2 de Setiembre de 1756, y falleció en 9 de Marzo de 1806, á los cuarenta y nueve años, seis meses y siete dias de su edad.

Para completar el cuaderno de las exequias y oracion fúnebre del general Gravina, nos ha parecido conveniente poner aquí la famosa Oda de Quintana al combate de Trafalgar. El gran poeta escribió esta composicion muy poco despues de aquel desastre, cuando todavía no habia muerto el marino español de resultas de la herida que recibió en él. Por eso al final de la Oda le cuenta entre los valientes que eran todavía la esperanza de la patria.

---

---

AL COMBATE DE TRAFALGAR.

No da con fácil mano  
El destino á los héroes y naciones  
Gloria y poder: la triunfadora Roma,  
Aquella á cuyo imperio  
Se rindió en silenciosa servidumbre  
Obediente y postrado un hemisferio;  
¡Cuántas veces gimió rota y vencida  
Antes de alzarse á tan excelsa cumbre!  
Vedla ante Anibal sostenerse apénas:  
Sangre itálica inunda las arenas  
Del Tesin, Trebia y Trasimeno ondoso;  
Y las madres romanas,  
Como infausto cometa y espantoso,  
Ven acercarse al vencedor de Canas.  
¿Quién le arrojó de allí? ¿Quién hacía el sólio,  
Que Dido fundó un tiempo, sacudia  
La nube que amagaba al Capitolio?  
¿Quién con funesto estrago  
En los campos de Zama el cetro rompe  
Con que leyes dió al mar la gran Cartago?

La constancia: ella sola es el escudo  
Donde el cuchillo agudo  
La adversidad embota; ella convierte  
En deleite el dolor, la ruina en gloria;  
Ella fija el dudoso torbellino  
De la fortuna, y manda la victoria;  
Para el pueblo magnánimo no hay suerte.  
¡Oh España! ¡Oh patria! el luto que te cubre,  
Muestre en tan grave afán tu amarga pena;  
Pero espera tambien, y con sublime

Frente de vil abatimiento agena,  
 La alta Gades contempla y sus murallas  
 Besadas por las olas,  
 Que asombradas aun y enrojecidas  
 Tiendense allí por las sonantes playas,  
 Cantando las hazañas españolas.

Se alzó el Breton en el soberbio alcázar  
 Que corona su indómito navío;  
 Y ufano con su gloria y poderío,  
 «Allí están, exclamó; volved los ojos,  
 Compañeros, allí: nuevos despojos  
 Ya vuestra invicta mano  
 Va á conseguir en los endeblés pinos  
 Que España apresta á su defensa en vano.  
 Libre de esclavitud no sea ninguno:  
 Hijos somos nosotros de Neptuno,  
 ¿Y ellos osan surcar el Océano?  
 Acordaos de Abukir: solo un momento  
 Llegar, vencer y devorarlos sea;  
 Dadme este triunfo, y de laurel ceñido  
 Que el opulento Támesis me vea.»

Dijo, y tiende la vela: ellos le siguen,  
 Abriendo el mar con sus nadantes proras  
 Del viento y de las ondas vencedoras:  
 Mientras que firme el Español los mira,  
 Y despreciando su arrogancia fiera,  
 El noble pecho palpitando en ira,  
 Con impávida frente los espera.  
 ¡Ira justa! ¡ardor santo! Esos crueles,  
 Bajo las alas de la paz seguros,  
 Son los que nuestra sangre derramaron,  
 Por vil codicia á la amistad perjuros:  
 Esos los que á perpetua tiranía  
 Condenaron el mar, los que hermanaron  
 Del poder la insolencia y la soberbia  
 Con la rapacidad y alevosía:  
 Esos... La noche con su negro manto  
 Envuelve el mundo; sombras espantosas  
 En torno de los mástiles vagando,  
 Estragos, muerte anuncian, y acrecientan

La pavorosa espectacion: el dia  
 Abre el campo al furor, y horrendo Marte  
 Con clamores de guerra hinche la esfera,  
 Y levanta en los aires su estandarte.

Responde á esta señal el hueco bronce  
 Con mortal estampido, el eco truena,  
 Y por el mar llevándose bramando  
 Hasta en las costas de Africa resuena.  
 Vuelan movidas de rencor las naves  
 Con naves á encontrar: menos violentas  
 Despide el polo austral sierras de yelo,  
 Que con su mole inmensa y resonante  
 Por las fáciles ondas se deslizan,  
 Y al audaz navegante atemorizan:  
 Ni con estruendo igual turban el cielo  
 Las negras tempestades,  
 Cuando por Boreas y Euro embravecidas  
 Á su furiosa guerra y duro encuentro  
 Hacen del orbé estremecerse el centro.

Tres veces fiero el insular se avanza,  
 Creyendo en su pujanza  
 Romper de nuestra escuadra el fuerte muro:  
 Tres veces rechazado  
 Por el hispano esfuerzo, ya dudosa  
 Vé la victoria que esperó seguro.  
 ¿Quién su despecho pintará y su saña  
 Cuando aquel pabellon ántes tan fiero  
 Miró invencible al pabellon de España?  
 No hay saber, no hay valor, solo ya fia  
 Su fortuna al poder: dobla sus naves,  
 Y las redobla, en desigual pelea,  
 De popa á proa, en uno y otro lado  
 Cada español navío  
 De mil rayos y mil es contrastado;  
 Y él, con igual aliento  
 Que recibe la muerte, así la envía.  
 No, si cien voces yo, si lenguas ciento  
 Me diese el cielo, á numerar bastára  
 Las ínclitas hazañas de aquel dia:  
 El humo al sol se las robaba entónces,

Pero la fama las dirá en su trompa,  
Las artes en sus mármoles y bronces.

Llega el momento en fin, tiende la muerte  
Su mano horrible y pálida, y señala  
Víctimas grandes: el valiente Alcedo,  
Castaños, Móyua, intrépidos perecen;  
Vosotros dos también, honor eterno  
De Bética y Guipuzcoa \*.... ¡Ah! si el destino  
Supiese perdonar! ¿Cómo á aplacarle  
La oliva no bastó que unió Minerva  
Á los lauros de Marte en vuestra frente?  
¿Qué á vuestra ilustre indagadora mente  
Pudo ocultar el mundo ó las estrellas?  
De vuestras sábias huellas  
Llenos están de América los mares,  
Las Cícladas lo están: viuda la patria  
De tantos héroes que enlutada llora,  
Pide á su corazón lágrimas nuevas,  
Que á vuestro acerbo fin derrame ahora.  
¡Ah! viviérais los dos, y en vez del llanto,  
Del dolorido canto,  
Que mi fúnebre acento hoy os consagra,  
Pudiera yo contraponer el pecho  
Al golpe atroz y recibir la herida:  
Diera á la patria así mi inútil vida,  
Y viviérais los dos! Y ella orgullosa  
Con vuestra luz y espíritu valiente  
Al árduo porvenir hiciera frente,  
De rayos coronada y victoriosa.  
No empero sin venganza y sin estrago,  
Generoso escuadron, allí caiste:  
También brotando á ríos  
La sangre inglesa inunda sus navíos;  
También Albion pasmada  
Los montes de cadáveres contempla,  
Horrendo peso á su soberbia armada;  
También Nelson allí.... Terrible sombra,  
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,  
Que vil insulte á tu postrer suspiro:

\* D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Cosme Churrucá.

Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.  
¡Oh golpe! ¡oh suerte! El Támesis aguarda  
De las naves cautivas  
El confuso tropel, y ya en idea  
Goza el aplauso y los sonoros vivas  
Que al vencedor se dan. ¡Oh suerte! El puerto  
Solo le verá entrar pálido y yerto;  
Ejemplo grande á la arrogancia humana,  
Digno holocausto á la aflicción hispana.

Así el furor de Marte  
Impele el brazo de la parca, y siega  
Vidas sin fin: lanzado por la rabia  
Cunde el fuego voraz, las tablas arden;  
Un volcan encendido  
Es cada buque; por los aires vagos  
Se alza y retumba el hórrido estallido,  
Y los sepulta el mar. ¿Hay mas estragos?  
Sí, que el cielo ominoso á tal porfía  
Manda á los aquilones inclementes  
Separar los feroces combatientes,  
Y en borrascosa noche hundir el día.  
Lo manda; ellos crueles,  
Azotando las ondas con sus alas,  
Se arrojan á los míseros bajeles.  
Al nuevo asalto, al sin igual combate  
Fallece el árbol trémulo, y se abate;  
Hiéndose la armazon, el Océano  
Por el roto entrepuente entra bramando;  
Y muribundo el Español exclama:  
«¡Ah! ¡pereciere yo, pero lidiando!»

En tan atroz conflicto  
Allá en las nubes la gloriosa frente  
Asomaban los fuertes campeones,  
Que armados del tridente y del acero  
Al pabellon Ibero  
Hicieron humillarse las naciones.  
Lauria y Tovar se vian,  
Avilés y Bazan, que saludando  
Á los héroes de Hesperia que morian;  
«Venid entre nosotros, les decian;

Venid entre los bravos que imitásteis.  
 Ya el premio hermoso del valor ganásteis :  
 Ya á vuestro ejemplo de constancia armada  
 España, concitando sus guerreros,  
 Magnánima se apresta á nuevas lides :  
 Volved la vista á la ciudad de Alcides :  
 Gravina, Escaño, y Alava, y Cisneros,  
 Y otros ciento allí están, firme coluna,  
 Dulce esperanza á nuestro patrio suelo :  
 Venid, volad al cielo,  
 Y sed astros de esfuerzo y de fortuna. »

MANUEL JOSEF QUINTANA.

(1805)

NOBLEZA OBLIGA.



MEXICO

PRINTED BY J. DIXON & SONS, WHITE

STREET, CORNER OF BROADWAY, N.Y.

1869